

Gina Villagómez Valdés
Elia María Escoffé Aguilar
Ligia Vera Gamboa
Coordinadoras

VARONES Y MASCULINIDADES EN TRANSFORMACIÓN

Aspectos socioculturales, psicológicos,
biomédicos y sexuales de los hombres



Colección Estudios sobre la Mujer y Relaciones de Género
2010

Consejo editorial de libros compilados de la Colección
Estudios de la mujer y relaciones de genero

Consejo Editorial

María Teresa Castillo Burguete (Cinvestav)

Gabriela Cervera Arce (Univ. Modelo)

Rebelín Echeverría Echeverría (UADY)

Pedro Sánchez Escobedo (UADY)

José Antonio Lugo Pérez (UADY)

Efraín Poot Capetillo (UADY)

Celia Rosado Avilés (UADY)

VARONES Y MASCULINIDADES EN TRANSFORMACIÓN.

Gina Villagómez Valdés, Elia María Escoffié, Ligia Vera Gamboa.

Coordinadoras.

Primera edición, 2010

D. R. © Universidad Autónoma de Yucatán

D. R. © Programa Integral de Fortalecimiento Institucional (PIFI)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin el permiso escrito del autor.

Esta edición consta de 1000 ejemplares.

Impreso en México

HQ Varones y masculinidades en transformación : aspectos --
1090.7 socioculturales, psicológicos, biomédicos y sexuales
.M6 de los hombres/ Gina Villagómez Valdés, Elia María
.V37 Escoffié Aguilar, Ligia Vera Gamboa [coordinadoras]
2009 Mérida, Yuc. : UADY 2010

313 p.

(Estudios de la mujer y relaciones de género)

ISBN: 978-607-7573-62-3

1.Masculinidad—Aspectos sociales--México 2. Mascu-
linidad (Psicología)—México— 3. Hombres—Conducta sexual
--México 4. Hombres —Yucatán— Identidad. I. Villagómez,
Gina. II Escoffié Aguilar. III. Vera Gamboa Ligia.

ÍNDICE	9
ANTECEDENTES	11
PRESENTACIÓN	13
I. ASPECTOS SOCIALES DE LAS MASCULINIDADES	
<i>Masculinidades en transición en una comunidad maya de Yucatán</i>	
Denise Fay Brown Owens	19
<i>Los niños y niñas de Yucatán. Masculinidades al descubierto</i>	
Leticia Paredes Guerrero	29
<i>La violencia masculina en las parejas jóvenes</i>	
Elva Rivera Gómez y Cirilo Rivera García	43
<i>Masculinidades y violencia en la relación de pareja</i>	
Gina Villagómez Valdés	65
<i>Abordaje de la violencia masculina en la política pública municipal: El programa hombres con problemas de violencia en la familia del municipio de Mérida</i>	
Alicia Canto Alcocer y Rodrigo Cueva G. Cantón	85
<i>Conversando las masculinidades en Yucatán. Trabajo colectivo desde la sociedad civil.</i>	
Sergio Andrés Moreno Cabrera	99
<i>Hombres de papel. Representaciones de la masculinidad en los cómics eróticos mexicanos</i>	
José Gamboa Cetina	125
II. ASPECTOS PSICOLÓGICOS DE LAS MASCULINIDADES	
<i>El narcisismo:</i>	
<i>Una dificultad para la transformación masculina</i>	
José de Jesús González Núñez	147
<i>La figura paterna en la construcción de la identidad de género</i>	
Elia María Escoffé Aguilar	167
<i>Las Masculinidades. Construcciones desde la educación</i>	
Carlos David Carrillo Trujillo y Jorge Armando Revilla Fajardo	179
<i>La psicología masculina</i>	
Pedro Sánchez Escobedo, Sandra Martín Tun y Paulina Carrillo Espadas	191

III. ASPECTOS BIOMÉDICOS Y SEXUALES DE LAS MASCULINIDADES

<i>Los hombres y la salud reproductiva. La visión de un grupo de hombres rurales</i>	
Ligia Vera Gamboa y Roger Mézquita Leana	211
<i>Participación masculina en la Planificación Familiar en una comunidad rural</i>	
Ana María Lucas Navarro, Yolanda Oliva Peña y Andrés Santana Carvajal	227
<i>Las interacciones sociales en el saber masculino para el cuidado de la salud de la mujer embarazada. Una propuesta de cambio a través de la Educación.</i>	
Elsa Rodríguez Angulo, William Manrique Vergara y Andrés Santana Carvajal	245
<i>Entre masculinidades te veas: HSH y la vuelta al clóset</i>	
Roberto Ortiz Manzanilla	257
<i>Masculinidades diversas: Prácticas sexuales en jóvenes de Mérida, Yucatán</i>	
Celmy Teresa Noh Poot	271
<i>Masculinidad desde la diversidad: Sexo anal no protegido y su significado en hombres que tienen sexo con hombres en Mérida, Yucatán, México.</i>	
Jorge O. Toledo González, María Luisa Rojas Bolaños y Ligia Vera Gamboa	289
AUTORES	305

LA PSICOLOGÍA MASCULINA

Pedro Sánchez Escobedo
Sandra Martín Tun
Paulina Carrillo Espadas

Introducción

La comprensión de la psicología masculina desde el punto de vista académico es insuficiente, quizá porque mucha de la literatura respecto a la masculinidad es de carácter popular y muchos autores de las psicologías masculinas no son escolares. Por ejemplo, Gray (1992), en su famoso libro ‘Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus’, intenta describir lo que se piensa del varón desde la perspectiva del sexo contrario y Brown en su libro ‘¡Chicas, esto es la jungla! Guía para entender a los hombres’ justifica el comportamiento de los hombres con la teoría de la selva.

Ante la aparente escasez de tratados escolásticos al respecto de la psicología masculina, el presente capítulo intenta identificar algunos de los discursos, evidencias y tendencias en cuanto a la psicología de la masculinidad -como contraposición al movimiento feminista de las últimas cuatro décadas- y como un estudio comparativo que pretende revisar las diferencias etológicas, neurobiológicas, desarrollistas y psicosociales que explican las particularidades de la psicología del hombre.

Se pretende un ejercicio comparativo, por lo que se revisan algunos de los supuestos que diferencian y homogenizan a hombres y mujeres, teniendo como base al sexo (el par cromosomas XY para los hombres y XX para las mujeres), intentando discernir los aspectos biológicos epigenéticos de la construcción social de lo masculino, dejando en segundo término lo femenino y lo gay -dimensiones tratadas a profundidad en publicaciones especializadas-.

En este capítulo se hace énfasis en los determinantes conductuales, afectivos y cognitivos de la masculinidad. Entre las temáticas relevantes se incluyen las visiones evolucionistas y desarrollistas de la masculinidad, los estereotipos masculinos y la identidad de género y las diferencias en salud y educación entre hombres y mujeres, así como sus implicaciones para la psicología masculina en México.

Visión evolucionista

Para indagar características de lo masculino es indispensable acudir a la teoría evolucionista que explica los cambios biológicos en función del contexto y viceversa. Sin duda, el antropólogo inglés Morris (2003), diserta con absoluta brillantez diferencias conductuales basadas en principios evolutivos y etológicos que explican las diferencias de género, en función de la evolución biológica siguiendo las teorías Darwin y advierte que muchas de las diferencias de sexo son ancestrales y debidas a efectos evolutivos. La madurez sexual llega en las hembras a los diez años normalmente, mientras que a los machos a los doce o trece años, en las hembras aparece vello en el pubis, ensanchamiento de las caderas, aumento del tamaño de los senos y capacidad de ovular. Mientras que los machos empiezan a crecer pelo en el cuerpo, especialmente en el pubis y en la cara; ensanchamiento de los hombros y la voz se hace más grave.

Para el hombre, lo masculino como responsabilidad tribal tiene un espíritu de supervivencia comunitaria. Está a cargo de la protección, alimentación, aseo y deberes paternos; lo que comprende el proceso de instrucción. El pequeño aprende por lo que dice la madre, pero principalmente al ver el comportamiento de los adultos; entonces empieza a explorar, a darse cuenta de lo que es el bien y así la especie perpetua entre genes y enseñanzas, las habilidades necesarias para la supervivencia de la especie. En lo psicológico, el carácter seductor masculino, puede referirse desde la perspectiva evolucionista a los viejos hábitos de caza en los inicios del sedentarismo; quienes sobrevivían en el paleolítico al tener un sitio fijo a donde volver y en el que le esperaba una hembra para procrear, que exigen cambios considerables tanto en el macho como en la hembra: aumento de pecho en la hembra en un 20 por ciento, enrojecimiento de la piel, así como aumento de los órganos y el rubor sexual en ambos.

El significado del coito es una de las grandes diferencias en cuanto al sexo, mientras que el hombre, garante de la preservación de la especie y heredero de los hábitos mamíferos del macho alfa, no presenta dificultades para separar el sexo del amor; muchas mujeres consideran al sexo como una manifestación de amor. Nuevamente, las teorías biológicas que argumentan diferencias en la distribución de zonas eró-

genas (concentradas en el varón alrededor del pene) y a la riqueza de zonas erógenas en la mujer hace que la demanda de abrazos, caricias y besos sea mayor.

Esta configuración orgánica es responsable de diferencias psicológicas, lo masculino se centra en el hedonismo y la cópula. Por esto, para atraer al hombre, las mujeres utilizan todos sus sentidos como señuelos: el tacto, como caricias y contactos suaves que estimulan a la pareja; el olfato, se sabe que la hembra emite unos olores durante la copulación que hacen que el macho se excite y el sabor con la degustación de una comida exótica el apetito sexual se vuelve mayor. A través del oído, se emiten sonidos y jadeos que implican a los dos una excitación sexual; por la vista, las hembras con sus protuberantes pechos atraen al hombre.

Aunque persiste el mito simplista en cuanto al valor de la erección y el tamaño del pene como símbolos de masculinidad y virilidad, la sexualidad del varón se complica con el desarrollo social y la evolución de las prácticas de género, por lo que desde la perspectiva psicológica es importante abordar las diferencias en la sexualidad humana consecuentes a la diferencias de sexo y estudiar la ideología masculina en torno al significado del falo. Sin embargo, aun las prácticas sexuales cotidianas y su significado para la masculinidad, están poco documentadas en México y es difícil establecer diferencias conductuales con la información existente; por ejemplo, Negrete, Sánchez y Robles (2005), reportan en estudiantes de la UNAM que la edad de inicio de las relaciones sexuales fue menor en los varones (16.87) que en las mujeres (17.75), resultando significativa esta diferencia ($t=5.99, p<00.1$).

Por otro lado, el 54.2% de la muestra evaluada planearon su primera relación sexual, sin embargo, al hacer la comparación entre hombres y mujeres, fue mayor el porcentaje de mujeres que planearon el primer encuentro sexual (62.5%) en comparación con los hombres (41.3 %). También reportaron que la mayoría tuvo su primer encuentro sexual, pero más mujeres reportaron su primer contacto en un hotel. Los hombres resultaron tener en promedio un mayor número de parejas sexuales en toda su vida (4), que las mujeres (2) y la mayoría de estos participantes con nivel licenciatura usaban condón.

En suma, el estudio de la conducta sexual masculina heterosexual y su impacto en la socialización, desarrollo de identidad y autoestima, necesitan de mejor estudio, considerando las peculiaridades biológicas y evolutivas del hombre, pero también necesitan considerar aspectos del desarrollo psicosocial como se apunta en la siguiente sección.

Visión desarrollista

La visión desarrollista difiere de la evolucionista en función del tiempo, la primera se refiere al desarrollo ipsativo del individuo durante su pe-

riodo de vida, mientras que la segunda a los cambios de la especie entre generaciones. En una perspectiva desarrollista, el individuo se concibe como un organismo genéticamente pre programado, que crece, cambia y se transforma con el tiempo hasta alcanzar marcadores de madurez diferenciales, por lo que su enfoque singular reside en el estudio de las influencias ambientales en este proceso.

Desde la perspectiva del desarrollo, hombres y mujeres crecen de forma cualitativamente desigual. Para empezar, la mujer alcanza la madurez sexual más rápido que el hombre. Existe acuerdo en cuanto a que el desarrollo emocional de niños y niñas difiere en aspectos importantes y ello podría contribuir a las distintas formas de manifestaciones psicopatológicas. En la edad escolar, se observa que los niños expresan menos que las niñas emociones como la tristeza, miedo y dolor, y temen más a los resultados negativos de la expresión de sentimientos como la tristeza. Levit (1991) reportó que los niños aparecen más neutralizadores de la expresión de sentimientos y con mayor empleo de mecanismos de defensa externalizadores, y las niñas con mayor tendencia a inhibir sus afectos negativos y a volcarlos contra sí mismas.

La combinación XY, produce hormonas masculinas que dan al varón una mayor masa muscular, un apetito sexual más alto, una mayor agresividad, y las características fisiológicas masculinas, lo cual influye más de lo que podría parecer sobre la conducta futura del sujeto. La agresividad se traduce en una conducta donde la competitividad desempeña un papel principal. La testosterona, subraya Talbert (2007), consejero del Lubbock Independent School District, también imparte en los varones tres pautas distintivas de conducta: la primera es la búsqueda de una satisfacción instantánea o rápida, la segunda es una tendencia a pasar con rapidez a intentar resolver los problemas que se presentan y la tercera es una tendencia a preferir actividades que permiten la expresión física.

En la perspectiva desarrollista, los estudios de cohorte y otras aproximaciones longitudinales son esenciales para entender el proceso complejo de cambio y la interacción de factores genéticos, ambientales y de los efectos de la interacción reciproca del medio y del individuo. Por ejemplo, el estudio longitudinal de Dunedin, Moffitt, Caspi, Rutter y Silva (1970-2001), demuestra uno de los más relevantes esfuerzos por estudiar diversos factores predictores de riesgo de conductas antisociales y el sexo. Sus resultados muestran el carácter regulador del ambiente en los efectos predeterminados del sexo, genéticamente el varón es más agresivo y tiene más tendencias antisociales que la mujer (10 presos varones por 1 mujer en el mundo); sin embargo, los hombres mostraron una leve mayor vulnerabilidad que fueron la disciplina inconsistente, conflicto familiar, cambios de cuidador, vivir con un solo padre, bajo estatus socioeconómico y malas relaciones con los padres como factores de riesgo de conducta antisocial. En los factores

físicos y personales como el déficit intelectual, temperamento difícil e hiperactividad, también mostraron una levemente mayor vulnerabilidad al presentar comportamientos disociales.

La visión evolutiva y desarrollista también arrojan argumentos contra-puestos, mientras que desde la visión evolutiva y etológica, el macho tiene el poder del coito, en la configuración organizativa del macho alfa, la mujer desarrolla a edad más temprana, por lo que tiene superioridad y dominio sobre los varones de su edad. Mas aún, variables contextuales de carácter social tiene gran influencia en cómo las diferencias de sexo, se transforman en diferencias de género. En esta visión, la educación tiene una fuerte influencia en la psicología masculina, para Rocha y Díaz (2005), el hombre se educaba para la vida pública, los trabajos de las armas y las leyes, siendo éste quien debía ganar el pan del hogar. Es cierto, los valores transmitidos al varón de proveedor del hogar y de seguidor o líder son fundamentales en la configuración de la identidad de género en algunas sociedades.

Mas que entender los orígenes de ciertos rasgos psicológicos de la masculinidad, los nuevos estudios hablan no solamente de la conformación de la psicología masculina, si no de cómo el tiempo afecta ésta. Por ejemplo, Astraín, Martínez y Artiles (1999), afirman que después de la década de los 40's se concluye su etapa reproductiva que producen cambios en la dinámica individual y familiar cuando varían las responsabilidades dentro y fuera del hogar, lo cual exige un tratamiento individual y quizás más demandante en cuanto a diferencias de género.

Identidad masculina

Cada varón, desarrolla consciente o inconscientemente, abierta o tácitamente su identidad masculina y existe gran varianza en este proceso. Por lo que hablar de lo masculino en México, resulta tan absurdo como hablar de la psicología del mexicano y de otras corrientes que pretenden simplificar en estereotipos (o en heurísticos académicos) ciertas tendencias en el varón heterosexual o en el hombre gay. Lo anterior, resulta simplista y fatuo. Lejos de un patrón homogéneo de ser hombre, existen múltiples identidades masculinas influidas por diversos factores como: el nivel educativo, la preferencia sexual, el tipo de orientación religiosa, el estado civil y las costumbres familiares.

La identidad ha sido uno de los conceptos más estudiados en cuanto a la masculinidad y vista con frecuencia como el resultado de la maduración y crecimiento, el colorario de la pregunta ¿Quién soy? El describirse como hombre, como gay, el construirse lo masculino, implica las más profundas reflexiones que conllevan a la identidad de la persona y a la forma cómo otorga significado a eventos, símbolos y procesos sociales.

Para múltiples disciplinas en los últimos años ha resurgido el interés por entender la masculinidad como una reconstrucción social, influida por la cultura, la educación, el cambio social, el poder y el mismísimo movimiento feminista, que en México ha traído como consecuencias nuevas formas masculinas de participación social, no solo andróginas, sino hasta inversas. Muchos hombres son mantenidos por sus mujeres y permanecen en el hogar al cuidado de los hijos, otros participan en el trabajo doméstico y se involucran en el cuidado de los niños y aceptan expresar sus sentimientos (Jiménez, 2003).

En México, la masculinidad se ha transformado, de acuerdo a De la Peña (2001), principalmente en sectores urbanos, relativamente educados y en parejas en donde ambos trabajan. Se trata de cambios que responden a complejos procesos psicológicos, económicos y sociales, lo que configura una nueva concepción de lo masculino. Por ejemplo, Cervantes (2006), reporta en un estudio cualitativo con familias de Hidalgo, que la identidad masculina ha tenido una transformación aparente en México en los últimos años, los hombres jóvenes siguen pensando en ser jefes de familia, proveedores y sustentadores primarios de ella, han heredado pautas generacionales de lo que significa ser hombre de su propio padre, abuelo o de las figuras masculinas significativas y presentan temor de asumir un compromiso como esposo, está decidiendo no casarse. Se menciona que 9 de cada 10 hombres permanecen solteros y sólo algunos están decidiendo tener hijos más tardíamente. También se encontró mayor reconocimiento a la capacidad e independencia femenina.

Los procesos actuales de convivencia y socialización, la interacción entre géneros y la abierta aceptación de la homosexualidad como una preferencia sexual socialmente viable y aceptada han reconfigurado los roles sexuales, las dinámicas de relación y de poder y desde luego el concepto de lo masculino, como una dimensión independiente de lo gay. En contraposición con muchos estudios feministas en las próximas secciones se argumentan las desventajas de ser hombre en la visión de salud y educación, analizando las implicaciones de estas desventajas en la psicología de la masculinidad.

Los estereotipos masculinos

Más allá de influencias evolutivas y desarrollistas, la investigación sobre la masculinidad debe enfocarse a comprender aspectos sociales y de significado que moldean el concepto de masculinidad, por ejemplo, los estereotipos del hombre, en particular los conceptos alrededor del macho mexicano tradicional. ¿Cuáles conceptos están vigentes?, ¿Cuáles se mantienen? y ¿Cuáles han cambiado y bajo qué circunstancias?

Un estereotipo, tiene que ver con generalizaciones relativas a un grupo de personas, que las convierte en distintas de los demás (Myers,

1991). Son heurísticos que ayudan a simplificar la compleja realidad que nos rodea y por tanto, no es extraño que ante el tortuoso y complicado constructo de masculinidad, se utilicen múltiples estereotipos para delimitarlo.

Por ejemplo, Lamb y Roopmarine en 1979 (citado en Gorostegui y Dörr, 2005), enlista los estereotipos más comunes observados en los varones como más grandes, fuertes y duros que las niñas, en el juego, los niños construyen o destruyen e intentan arreglar las cosas. En la conducta, el niño es más agresivo, competitivo y valiente; en cambio las niñas son más condescendientes y no les gusta pelear. En México, durante años, los estereotipos masculinos estuvieron asociados a la independencia, estoicismo, fuerza física, poder de conquista y espíritu deportivo y en las mujeres a la sensibilidad, vanidad, poder de seducción y afición por la belleza y lucimiento personal.

Los estereotipos describen a los varones mexicanos, por lo general, como, ególatras, injustos y misóginos en su generalidad. Sin embargo, estos adjetivos asociados al machismo se desvanecen en los hombres con altos niveles de educación, de zonas urbanas y de clase media alta. Es decir, la instrucción y globalización de conductas familiares de corresponsabilidad y apoyo mutuo, cambian las expectativas y percepciones hacia el varón heterosexual y por tanto sus conductas y roles.

Arciniega y Anderson (2008), revisaron de manera magistral las concepciones del machismo en los mexicanos y latinos y desarrollaron una escala para medir este constructo. En general, este término se asocia a características negativas de socialización masculina como el chauvinismo, el sexismo y a la seducción e intimidación de la mujer. Pero de forma interesante, descubre un lado positivo de este término, denominado caballerosidad, que es la capacidad del hombre latino de conectarse emocionalmente, de seguridad en cuanto al origen étnico y a la capacidad de solucionar problemas. De manera interesante estos dos aspectos estaban relacionados al nivel educativo, que se correlaciona positivamente con la caballerosidad y negativamente con el machismo.

Se argumenta que la educación es el principal antídoto para el machismo, por ejemplo, hay evidencia de que los hombres menos educados y de zonas rurales tienden a comportamientos que presuponen una posición privilegiada de los varones respecto a las mujeres en todos los espacios sociales y asumen; por tanto, menores responsabilidades en el ámbito doméstico, gozan de mayores libertades que su pareja y pasan más tiempo en actividades recreativas y de diversión. Es desde las escuelas, donde más fácilmente se puede influir el desarrollo de estereotipos masculinos más andróginos, justos y equitativos. Sin lugar a duda, la tarea de cualquier estereotipo es la de fundamentar y mantener una serie de ideas, creencias y valores, que justifiquen las acciones e incluso que permitan diferenciar a un grupo de otro (Rocha y Díaz, 2005).

Rocha y Díaz (2005) comparten la opinión que en México los estereotipos culturales se sustentan en dos premisas básicas: el autoritarismo y supremacía del padre; y el autosacrificio y sumisión por parte de la madre. El rol femenino se puede definir como la maternidad, el cuidado de los hijos, el servicio doméstico, la responsable de atender el aspecto afectivo familiar y de ser el complemento del hombre. Por el contrario, el rol masculino, es el sostén económico, por lo que las relaciones de trabajo, las actividades extrafamiliares, es decir, el mundo público, es lo que le corresponde. De hecho, los roles observados en la familia de origen, también permiten pre establecer estereotipos sexuales.

Por ejemplo, en hogares tradicionales, los hijos están subordinados a los adultos, incluso les hablan de “usted”. Y con frecuencia enfrentaban una figura paterna ausente, autoritaria y distante. Pero como varones, contaban con mayores libertades que las niñas, quienes debían enfrentar un ambiente familiar y escolar más sexista y restringido en la medida en que eran excluidas de las actividades de los niños y menospreciadas sus capacidades.

Por otra parte, Valdez y González (1999), detectó que entre niños y niñas de 11 años no existen grandes diferencias, sin embargo, ellas se perciben más cariñosas. En el caso de jóvenes de 15 años, las mujeres se consideran más honestas, estudiosas, respetuosas, obedientes, románticas, detallistas, sentimentales, cariñosas y responsables que los hombres, quienes en contraste, se perciben más traviosos y agresivos. A los 18 años, ellas son más cariñosas y sentimentales, ellos más mentirosos e inteligentes.

En fin, los estereotipos aunque inevitables, como heurísticos de los procesos cognitivos, deben cambiar hacia una visión más andrógina del mundo. Por ejemplo, en una plataforma de equidad, es necesario enseñar a las mujeres a fundamentar su valor en algo distinto a su apariencia, a ser más asertivas y seguras de sí, a tomar iniciativa, a ser independientes y a elegir al compañero(s) que desea; igualmente debe enseñarse al hombre a cuidar su salud y su apariencia, a prestar más atención al dolor, a ser sensibles y expresar sus sentimientos (Van Wersch, 1986). Sin embargo, la investigación psicológica ha sido insuficiente para documentar los cambios en los estereotipos masculinos. Actualmente ha aparecido un nuevo estereotipo de hombre preocupado por su arreglo personal, vanidoso y sensual: el metrosexual; término acuñado por el escritor británico Mark Simpson (1994). Según la revista ‘The Economist’, cerca de un tercio de los hombres estadounidenses jóvenes tienen este perfil.

Los roles y los estereotipos de género se influyen uno a otro en ambas direcciones. Si bien los estereotipos ayudan a establecer las expectativas acerca de la tarea de los roles que deben realizar los hombres y las mujeres, ver todos los días a las personas en esas ocupaciones

tradicionales refuerza la creencia de que los estereotipos de géneros siguen siendo válidos. De acuerdo a Norfleet y Richards (2003) para transformar los estereotipos tradicionales hay que cambiar los paradigmas de socialización entre géneros que las costumbres y tradiciones han impuesto, a través de la manipulación, canalización, tratamiento verbal y exposición a nuevas actividades más andróginas. Los estereotipos juegan un papel fundamental en el desarrollo de la identidad masculina, por tanto su estudio y manejo es fundamental para lograr patrones más consistentes de equidad de género.

Masculinidad y salud

En el estudio de la masculinidad, resulta importante una visión de la salud pública ya que hay importantes diferencias en los patrones de morbilidad y mortalidad en función del sexo. Por ejemplo, los varones tienen mayores tasas de mortalidad que las mujeres en distintas etapas de la vida y por distintas causas. La evidencia disponible sustenta que desde el punto de vista biológico, la mujer constituye el sexo fuerte. Es decir, las mujeres son organismos más resistentes que los hombres biológicamente hablando.

Un primer argumento irreductible es la configuración cromosómica del hombre, quien al poseer un sólo cromosoma X, debe usarlo para la transcripción de muchas funciones corporales; a diferencia de la mujer que utiliza el cromosoma X menos defectuoso. Por ejemplo, se conciben 120 fetos masculinos por cada 100 femeninos; sin embargo, sólo nacen 106 bebés varones por cada 100 hembras, y en muchos casos los hombres presentan con mucho más frecuencia enfermedades como la hemofilia, o sólo sufren ciertas enfermedades, como la parálisis muscular progresiva de Duchenne que la mujer sólo trasmite, pero no la sufre (Hyde, 1995).

Las conductas masculinas típicas como la toma de riesgos, la agresividad y las tendencias antisociales, explican también los altos riesgos de los hombres de sufrir cáncer de pulmón, los ataques cardíacos, la cirrosis hepática y los accidentes automovilísticos o con armas de fuego. Mas aún, quizá por influencias orgánicas, en casi todos los trastornos de la infancia reportados en el DSM-IV, los varones superan a las mujeres en incidencia en proporción de 4 a 1. Curiosamente, la influencia contextual muestra efectos en estos aspectos primariamente biológicos, conductas de fumar, beber, agresividad verbal y física y actitudes competitivas se incrementan en las mujeres inmiscuidas en ambientes masculinos (Hyde, 1995).

Pese a esta evidencia, la discusión sobre el sexo fuerte persiste, por ejemplo, Rodríguez y Frías (2005), afirman que las mujeres parecen ser más propensas al abuso de sustancias tranquilizantes, a los trastornos

alimentarios y hay sub registro de abuso de sustancias porque tienden a hacerlo en la privacidad del hogar. Y aunque las mujeres viven más que los hombres, experimentan más problemas de salud mientras viven y son más propensas a sufrir de artritis, diabetes, reumatismo e hipertensión y enfermedades mentales en general (Paludi, 1998). En relación a la edad, por ejemplo, las mujeres manifiestan tener peor salud que los hombres conforme cumplen más años, aunque a partir de los 65 años las proporciones son similares.

Las mujeres también muestran un consumo de medicamentos superior al de los hombres; asimismo, muestran mayor tendencia a estar en cama por problemas de salud, e incluso a limitar sus actividades de tiempo libre por alguna dolencia (Castaño, Menéndez y Palacios, 1996). En resumen, los hombres tienen mayores índices de mortalidad y viven menos, pero las mujeres tienen mayores tasas de morbilidad, pero hay más estudios que ayudan a entender la problemática femenina más que la masculina. La salud desde la perspectiva de la masculinidad continúa siendo una asignatura pendiente.

La verdad en las diferencias de género quizás esté en el entendimiento de los efectos diferenciales de los riesgos de ser hembra o varón, por ejemplo en los países pobres, de muerte violenta si se es varón o de muerte asociada al puerperio si se es hembra. En los países ricos es cuestión de enfoque, Dancey, Hutton-Young, Moye y Devins (2002) realizaron una encuesta con pacientes con colon irritable y calidad de vida, reportando que este padecimiento afecta más la calidad de vida de las mujeres que la de los hombres, pero que el estigma que la enfermedad posee afecta más a los hombres que a las mujeres. Astráin, Martínez y Artilés (1999), en un estudio realizado en Cuba, en apariencia la sociedad más equitativa en cuanto al género, reportaron que las mujeres gozan de menos días de descanso, mayor carga de trabajo en el hogar y que pese a los altos niveles culturales y técnicos, mantienen limitaciones en cuanto a promoción a puestos de dirección o posiciones de mayor importancia en relación con los hombres.

Por lo anterior, desde la perspectiva de salud, se necesita clarificar cuáles diferencias son relevantes, de género o de sexo, lo que postula que ésta última es más importante en función del efecto de las características anátomo-funcionales entre los sexos; el reconstruir visiones de significado para la incidencia mayor de cáncer de próstata en el hombre o argumentar justicia o injusticia en la mortalidad de cáncer cervicouterino en mujeres es insostenible ante una comparación dispar. Sin embargo, dada la significancia de la enfermedad y la muerte para el ser humano, estas diferencias resultan significativas para explicar diferencias psicológicas y conductuales entre sexos.

La masculinidad como desventaja

Los tratados de la psicología masculina no han ensayado vislumbrar, en la perspectiva de género, las desventajas y limitaciones de lo masculino. En este apartado, se argumenta la superioridad de la mujer en dos esferas trascendentales de la sociedad moderna. La competencia intelectual y la adaptación social; y se evidencia la necesidad de realizar estudios que permitan entender las implicaciones psicológicas de los mismos. En cuanto a la competencia intelectual, la evidencia de las últimas décadas empieza a ser contundente: más mujeres en educación superior, mejores puntajes en pruebas estandarizadas: CENEVAL, ENLACE etc.; mayores niveles de eficiencia terminal, capacidad verbal y un incremento en el ingreso profesional considerable. Sin embargo, otros estudios señalan más diferencias que superioridad.

En el Informe del Programa Internacional de Evaluación de Estudiantes 2006 (PISA), se demuestra que las mujeres son mejores en competencia lectora, mientras que los varones tienen mejor rendimiento en matemáticas. Según el estudio de González (2003) con base al EXANI I, obtuvo que los varones tienen mejor rendimiento en matemáticas, física y química; en tanto las mujeres poseen mayores puntajes en habilidades verbales y español.

Cano (2000), establece que las alumnas muestran mejor desempeño académico gracias a su actitud hacia el estudio, poseen mayor motivación, manejan mejor su tiempo, poseen un mayor grado de concentración y el factor que muestra mayor diferencia significativa, es el miedo al fracaso. Las mujeres muchas veces son académicamente más sistemáticas y ordenada, con deseos de destacar; sin embargo, no hay estudios que fundamenten lo contrario en los hombres.

Según datos del INEGI (2006) en el bachillerato y en el nivel normal o licenciatura, se encuentran matriculadas más mujeres, en éste último año el 79.4% de la matrícula está conformada por mujeres. En los demás niveles educativos la matrícula femenina es menor a la masculina, lo que demuestra la supervivencia y avance de las mujeres en la escalera educativa; por ejemplo, en la deserción de secundaria el 9.6% fueron varones contra 6% mujeres. En resumen, a pesar de que la matrícula de mujeres es menor, comparada con los varones, ellas poseen menores índices de deserción y tienen mayor eficiencia terminal.

Cabe señalar, que estos avances de la mujer en México, no corresponden a la situación de discriminación y desventaja reportada para otros países en desarrollo. La Organización de los Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI) en 2006 sostuvo que el 70% de la población no escolarizada del mundo son niñas; dos tercios de los analfabetos son mujeres; y tres quintos de las personas más pobres son mujeres y niñas.

Por el contrario, en 2007, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), reporta que la matrícula de mujeres fue

en aumento a diferencia de la de los hombres que disminuyó levemente. Aunque ningún estudio demuestra la superioridad intelectual de las mujeres sobre los hombres, se admite la existencia de diferentes factores o causas del mejor rendimiento de las mujeres de manera consistente; pero sin estudiar los posibles efectos en la autoestima, autoeficacia, expectativas y seguridad en los hombres.

La otra dimensión a considerar, es la adaptación social y la convivencia, aspecto fundamental del bienestar humano y en cuyo ámbito la mujer se ha mostrado superior, por su capacidad de empatía, su solidaridad con otros y sus tendencias a la resolución de conflictos de formas menos violentas. La desventaja en el ajuste social, se evidencia por la agresividad en el varón que ha sido causa de conflictos familiares, comunitarios y de guerras globales que han llevado al absurdo de que el ser humano, sea la única especie en la tierra con la capacidad de autodestruirse, de aniquilarse en su totalidad. En la psicología masculina, la agresividad y sus consecuencias en la convivencia social necesitan ser mejor estudiadas.

Desde el punto de vista psicológico, el término agresividad hace referencia a un conjunto de patrones de actividad que pueden manifestarse con intensidad variable, incluyendo desde la pelea física hasta los gestos o expansiones verbales que aparecen en el curso de cualquier negociación. Se puede presentar en el nivel físico, como lucha con manifestaciones corporales explícitas. En el nivel emocional puede presentarse como rabia o cólera, manifestándose a través de la expresión facial y los gestos o el cambio del tono y volumen en el lenguaje. Desde un nivel cognitivo puede estar presente como fantasías destructivas, elaboración de planes agresivos o ideas de persecución propia o ajena. El nivel social es el marco en el cual de una manera o de otra, toma forma concreta la agresividad.

Moya y Mesenguer (2005) reportaron que sólo existen diferencias de género para la agresión física directa a favor de los hombres; por otra parte no existen diferencias significativas en las conductas indirectas de agresión. La agresión es un comportamiento que se explica por múltiples factores, tanto ambientales como genéticos. Por ejemplo, la mayoría de los textos vincula a conductas psicopáticas y la agresividad al sexo masculino.

Se ha mencionado antes que la masculinidad, como un estereotipo, va siempre unida a determinadas cualidades, sobre todo asociadas con la fuerza, la violencia, la agresividad y con tendencias a conductas disruptivas y antisociales (Hernández, 1996); pero hay evidencia de que los genes también influyen en esto, ante ello Manuck (2005), reportó que la agresión de los hombres puede ser resultado de variaciones de uno de los dos genes involucrados en la actividad del neurotransmisor serotonina. Sin embargo, aclaró que los hombres con la variante genética no necesariamente son violentos. En este sentido, Ferrer (2006),

sugiere que la genética parece ser predictiva sólo si los hombres tienen actitudes hostiles, si recibieron poco afecto cuando eran niños y si sus padres no llegaron a completar la escuela secundaria. Gracias a este estereotipo generalmente se aborda al hombre con un sujeto agresivo.

También es claro, que ante el ambiente socialmente determinado, los varones juegan a ver quién es el más fuerte y audaz, quién es el más valiente y quién es el que desafiará las normas establecidas para salirse con la suya. Es decir, como menciona Kaiser (2004) y Callirgos (2004), los niños aprenden a jugar a ser hombres y se supone que todo ello afianza la masculinidad tal y como la sociedad la percibe, un ejemplo es la idea de que el niño tiende a probar su virilidad, desafiando las normas y poniéndose en riesgo. Por último, en el plano psicológico los varones parecen ser más sensibles a las influencias de los medios de comunicación, como lo evidencia el artículo de Medical Pediatrics (2007), al reportar un estudio longitudinal de 40 años, con niños expuestos a programas televisivos violentos y quienes mostraban tendían a ser más desobedientes y agresivos.

Además de la agresividad, se reporta consistentemente un déficit y una insuficiencia afectiva en el varón; los varones están configurados para suprimir o retardar ciertas reacciones, luchan por días o semanas con un problema antes de permitir a alguien ayudarles a resolverlo. En las palabras de Talbert (2007), “los chicos no procesan los sentimientos tan deprisa como las chicas. Ellos pueden tardar hasta siete horas más que ellas para procesar en el cerebro datos emotivos fuertes” (p.6) Más aún, las deficiencias en el manejo del afecto, se asocian a limitaciones en cuanto al modo directo y frío de comunicación del hombre, caracterizado por frases directas y simples, que se confunden con órdenes. En esta lógica, la discapacidad afectiva, las limitaciones en las capacidades de socializar.

La investigación apoya la idea que en comparación con las mujeres, el hombre es deficitario en cuanto a relaciones interpersonales: es menos prono a develar sentimientos personales (Stapley & Haviland, 1989). En las relaciones matrimoniales las mujeres confrontan los problemas con mayor frecuencia, mientras que los hombres evaden y se vuelven defensivos (Gottman, 1994). En fin, sea por la agresividad genética o por influencias culturales, familiares o de otro tipo, resulta necesario hacer más investigación de las desventajas del varón para la convivencia social, la intimidad, la adaptación familiar y otros aspectos del ajuste social que son psicológicamente importantes.

Conclusiones

Resulta evidente que la masculinidad, desde el punto de vista psicológico ha sido pobremente estudiada en México y persiste una superior-

ridad significativa de estudios de la mujer y de lo femenino. La comprensión de las diversas avenidas de análisis disciplinar, nos permitirá desarrollar el estudio sistemático de la masculinidad desde la perspectiva psicológica, considerando aspectos evolutivos, biológicos, del desarrollo, etológicos, psicosociales entre muchos otros.

La evidencia muestra que desde la perspectiva psicológica, las diferencias por sexo son innegables y relativamente generalizables, pese a cultura y raza. Por ejemplo, la masculinidad en la mayoría de las culturas se describe al hombre como pragmático, agresivo, cerebral y cognitivo. Sin embargo, en la masculinidad, se abordan las relaciones entre aspectos biológicos o sociablemente determinados y las situaciones de ventaja o desventaja a las que se adscriben y se argumenta que, como línea de investigación futura, aspectos de la masculinidad que se asocian a desventaja y vulnerabilidad psicológica deben ser más profundamente estudiados.

Muchos de los aspectos masculinos, resultarán una carga, una desventaja comparativa a la luz de la evidencia; sobre todo en aspectos académicos y sociales. En la literatura psicológica, parece que la constante es reconocer las limitaciones de los hombres para manejar sensiblemente sus emociones, por lo que necesitan de empatía y consideración del género fuerte. La masculinidad, parece conllevar un grito de ayuda y orientación para manejar los sentimientos del hombre.

La conformación de la psicología masculina parece ser multicausal, el debate entre el origen genético, biológico o contextual de estos determinantes continúa en debate. Por un lado, sociólogos, antropólogos e historiadores afirman que es la socialización y construcción del rol masculino lo que demerita las competencias afectivas del varón; por otro, evidencia clínica de condiciones que afectan la estabilidad afectiva en el síndrome premenstrual y estudios asociados a niveles hormonales y afectos señalan una base física de estas diferencias. Salomónicamente ambas perspectivas pudieran aportar al entendimiento de las diferencias afectivas, en palabras de Pleck (1995), el paradigma del rol sexual otorga un encuadre para entender la disfuncionalidad tradicional del varón en las relaciones interpersonales que se puede explicar con base a su concepto de 'fortaleza emocional', sus conductas asociadas a su concepto de éxito y posiciones concordantes con el antifeminismo.

De hecho, la escritora que vigorizó el movimiento feminista de los 70's, Carol Gilligan se sorprendería 30 años después de su manuscrito seminal "In a different voice", de leer un artículo enfocado a la masculinidad que pretende reivindicar las formas de sentir y de reconstruir el mundo de los hombres con ciertas desventajas en función de su sexo y de su género.

Finalmente, la reflexión en torno de lo masculino no puede perder la contra-parte y el hecho de que social y etológicamente hablando, la

especie humana esta constituida por dos sexos, pero por un complejo constructo de género que admite escenarios de análisis de tipo moral, social y político.

El derecho a la androginia, que es la posibilidad que debe tener todo ser humano de poder manifestar un rico y extenso repertorio de conductas, pensamientos y sentimientos independientes de su sexo; es decir, mediante la adopción de prácticas educativas y de crianza de repertorios masculinos y femeninos que promueven adaptación y ajuste. Independiente de su sexo, un individuo andrógino mostraría un mayor ajuste psicológico ante las diversas situaciones que se le presenten, ya que se caracteriza por poseer un amplio espectro de conductas y rasgos que indistintamente provienen de lo masculino y lo femenino, de manera que puede ser asertivo, enérgico y con don de mando en ciertas ocasiones, o sensible y expresivo en otras. Entonces, la androginia es deseable, porque dota a la persona de un arsenal más amplio de conductas y rasgos, y al mismo tiempo con una mayor libertad de elección en los distintos contextos, y facilita la adaptación en un marco de flexibilidad (Oliveira, 2000).

La masculinidad, en suma, se muestra como un campo promisorio y necesario de investigación en México, la comprensión de los cambios en los roles, estereotipos, identidades y expectativa de lo masculino resulta necesaria ante la urgencia de promover la equidad de género por un lado, y por otra parte el promover la salud mental y el ajuste psicológico ante los cambios sociales complejos.

Referencias bibliográficas

- Arciniega, M. & Anderson, T. (2008). Toward a Fuller Conception of Machismo: Development of a Traditional Machismo and Caballerismo Scale. *Journal of Counseling Psychology*, American Psychological Association, 55, 1, 19–33.
- Astraín, E., Martínez, V. y Artilles L. (junio, 1999). Indicador sintético para medir diferencias de género. *Revista Cubana Salud Pública*, 25, 1, 54–63.
- Callirgos, J. (2004). *Sobre héroes y batallas: Los caminos de la identidad masculina*. Lima: Universidad Pontificia del Perú.
- Cano, G. (2000). Diferencias de género en estrategias y estilos de aprendizaje. *Psicothema*, 12, 3, 360–367.
- Carrillo, T. y Revilla, F. (2006). Masculinidad entre padres (padre y madre) e hijos. Publicaciones de la Universidad de Guadalajara. Recuperado el 14 de junio de 2008 de <http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/laventan/ventana23/carlos.pdf>
- Castaño, C., Menéndez, C. y Palacios, S. (1996). Ten salud para trabajar. En C. Castaño y S. Palacios. *Salud, dinero y amor. Como viven las mujeres españolas de hoy*. (Eds). Madrid: Alianza.
- Cervantes, E. (2006). La nueva masculinidad en la posmodernidad. Coordinación de innovación educativa /QFB-UMSNH. Recuperado de <http://dieumsnh.qfb.umich.mx/masculinidad.htm>
- Ferrer, J. (2006). Conductas. Una variación genética hace agresivos a muchos hombres. *Salud psicológica y neurológica*. Recuperado de <http://www.klip7.cl/blogsalud/sicologia/2006/12/conductas-una-variacion-gentica-hace.html>
- González, J. (2003). Diferencias de género en el desempeño matemático de estudiantes de secundaria. *Educación matemática*, 15, 002, 129–161.
- Gorostegui, M. y Dörr, A. (mayo, 2005). Género y Autoconcepto: Un análisis comparativo de las diferencias por sexo en una muestra de niños de Educación General Básica (EGB) (1992–2003). *Psyke*, 14, 1. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-22282005000100012&script=sci_arttext
- Gottman, J.M. (1994). *What marriages succeed or fail*. New York: Simon and Schuster.
- Hernández, A. (enero – marzo, 1996). ¿Masculinidad o masculinidades? *Revista de Educación y Cultura La Tarea*, 47, 8. Recuperado el 15 de junio de 2008, de <http://www.latarea.com.mx/articulo/articu8/hernandez8.htm>
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (2006). Recuperado el 7 de junio de 2008, de <http://www.inegi.gob.mx/inegi/default.aspx?s=est&c=131&e=31>

- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). Distribución porcentual de la matrícula escolar según sexo para cada nivel educativo, 2000 a 2004
- Levit, B. (1991). Gender differences in ego defenses in adolescence: Sex roles as one way to understand the differences. *Journal Pers Soc Psychology*, 61, 992-9.
- Moffitt, E., Caspi, A., Rutter, M. & Silva, A. (2001). *Sex Differences in antisocial behavior: conduct disorder, delinquency, and violence in the Dunedin longitudinal study*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Morris, D. (2003). *El mono desnudo, un estudio del animal humano*. Barcelona: De Bolsillo.
- Moya, H. y Mesenguer, M. (2005). Dimensiones de personalidad, diferencias de género y agresividad. Universidad Jaume I. Recuperado el 10 de junio de 2008, de <http://www.uji.es/bin/publ/edicions/jf10/psi/12.pdf>
- Mujer y familia: Vida familiar. (2007). Niños agresivos. Televisión promueve agresividad. Recuperado de http://www.deguate.com/artman/publish/mujer_familia/Ni_ os_agresivos_televisi_n_promueve_agresividad_13137.shtml
- Myers, D. (1991). *Psicología Social*. Madrid: Médica Panamericana.
- Negrete, D., Sánchez, R. y Robles, S. (septiembre, 2005). Variables relativas al uso del condón en hombres y mujeres universitarios. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 8, 2.
- Norfleet, A. & Richards, H. (2003). Escaping Stereotypes: Educational Attitudes of Male Alumni of Single-Sex and Coed Schools, 4, 136- 148.
- Oliveira, M. (2000). La educación sentimental. Una carencia en el sistema educativo. El harén pedagógico. *Perspectiva de género en la organización escolar*, 71-102.
- Organización de los Estados Iberoamericanos para la educación, la ciencia y la cultura (2006). Oportunidades y desafíos para las mujeres. Recuperado el 3 de junio de 2008, de <http://www.oei.es/noticias/spip.php?article2556>
- Paludi, M.A. (1998). *The psychology of women*. Chicago, IL: Prentice-Hall.
- PISA (2006). México - Informe PISA 2006. Recuperado el 5 de junio de 2008, de <http://www.oei.es/evaluacioneducativa/pisa2006-w.pdf>
- Pleck, J. H. (1995). The gender role strain paradigm: An update. In R. F. Levant & W. S. Pollack (Eds.), *A new psychology of men* (11-32). New York: Basic Books.
- Rocha, T. y Díaz, R. (2005). Cultura de género: la brecha ideológica entre hombres y mujeres. *Anales de psicología*, 21 42-49.
- Rodríguez, M. y Frías, L. (julio-diciembre, 2006). Algunos factores psicológicos y su papel en la enfermedad: una revisión. *Universi-*

- dad Veracruzana. Xalapa, México. *Psicología y Salud*, 15, 002, 169-185.
- Stapley, J. C., & Haviland, J. M. (1989). Beyond depression: Gender differences in normal adolescents' emotional expression. *Sex Roles*, 20, 295-308.
- Talbert, S. (2007). Profundizando en la psicología masculina. Recuperado de <http://www.solociencia.com/medicina/07011011.htm>
- Universidad Autónoma de Madrid (s.f.). La agresividad. Tema 35. Recuperado de <http://www.uam.es/departamentos/medicina/psiquiatria/psicomed/psicologia/nuevoprog/agresividad.htm>
- Van Wersch (1986). Health and illness. En K. Trewey J. Kremer (Eds). *Gender and Psychology*. London: Arnold.
- Valdez, J. y González, N. (1999). El autoconcepto en hombres y mujeres mexicanos. *Ciencia Ergo Sum*, 6, 265-269. Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/104/110401606.pdf>